



JUNTOS APARTE

⇒ 2 0 2 0 ⇐



Km 4956
de BIENALSUR

JUNTOS APARTE 2 0 2 0 canal virtual



Diana Wechsler (AR)

Directora Artístico – académica
BIENALSUR

ARTÍCULO

Fronteras, entre
nosotros y los otros...

www.juntosaparte.com

Facebook Twitter Instagram YouTube @juntosaparte

Fronteras, entre nosotros y los otros...

A fines de marzo de 2020, hablar de la frontera que nos separa de “los otros” puede remitirnos a un ámbito muy limitado: el de nuestra propia casa, al menos para quienes tenemos el privilegio de habitar eso que genéricamente llamamos “casa”. En estos tiempos de pandemia, la puerta de entrada, las ventanas y balcones se convirtieron en las fronteras físicas de nuestra cotidianidad. Las pantallas -de TV, del móvil o de las tabletas o computadoras- son aquellas otras fronteras, para las que tenemos algo así como unos pasaportes que -según los servicios que hayamos contratado- nos dan acceso a mundos diversos, aunque corriendo poco o ningún riesgo -físico, al menos- al atravesar esas fronteras. Emerge de esta situación un fuerte contraste entre la reducción a lo doméstico y la alternativa de un alcance global, bastante ficcional por cierto, lo que exhibe un panorama de imaginarios posiblemente irreconciliables entre distintas dimensiones y formas de estar en el mundo, en el sentido más extenso de lo que eso supone.

En términos generales, este cuadro no es nuevo, pero la situación de aislamiento social en la que nos encontramos nos centra en “la telerrépública de casa” -como la ha definido Paul B. Preciado- de manera ineludible y nos lleva a revisar las maneras en que veníamos pensando los modos de habitar la contemporaneidad. Con y más allá de esas fronteras que hoy se nos imponen y por el compromiso asumido con la posibilidad de pensar el presente, ensayemos algunas cuestiones en relación con los lugares de inclusión y exclusión en los que nos sitúan las fronteras y cómo se van definiendo esos espacios del “entre” nosotros y los otros.

Recordemos que la delimitación del territorio forma parte, desde siempre, de las maneras que los individuos integrados en sociedades grandes o pequeñas fueron asumiendo para generar una situación de adentro-afuera y, con ella indicar propiedad, pertenencia, o su contrario. Hoy como ayer, barreras tanto físicas como simbólicas están destinadas a marcar posiciones, a circunscribir puntos de mira, a incluir y excluir a la vez. Así, el resguardo de territorios y de los bienes y personas incluidos en ellos ha sido desde siempre el motor para la creación de fronteras de todo tipo. Una intensa búsqueda de control que ejercen tanto los estados nacionales como el sistema capitalista global aparece, sin embargo, desbordada por las complejas realidades que ponen en tensión cualquier límite, haciendo evidente cuán globales pueden tornarse los acontecimientos que se producen en sitios específicos.

Tal el caso de la pandemia en la que nos encontramos inmersos: difundida al comienzo como el “virus chino”, creando una falsa sensación de tranquilidad ante la creencia de que se trataba de algo lejano, ajeno, “de los otros”. Pero no fue así. Hace unos días, un periodista europeo imaginó en este contexto un relato fuertemente distópico a partir de los parámetros que, semanas antes, regulaban el tránsito de personas por su territorio. Pensó en esta Europa hoy “infectada”, e imaginó que sus poblaciones huían hacia el sur en busca de tierras más saludables y se enfrentaban en ese camino, con aquellos límites que durante largo tiempo ellos mismos habían construido para evitar “ser invadidos”, para aislarse de aquellos “otros”: norafricanos, sirios, y un largo etcétera de “indeseables”.

“Argentinos atrapados en un puente en zona de nadie”. Un periódico titulaba de esta forma, ayer 30 de marzo, la noticia que informaba la situación de un grupo de personas que quedó entre Brasil y Argentina, varados en el puente de Foz de Iguazú. Quedaron entre dos fronteras cerradas sin poder entrar a ninguno de los dos países y sin poder salir de esa “zona de nadie”.

Pensar migraciones y fronteras en este momento en donde tenemos absolutamente restringidos los movimientos incluso fuera de nuestras casas es verdaderamente un desafío. Pienso en las imágenes que pocos meses atrás elegía para abrir la conferencia en el ciclo 2019 de Juntos Aparte-BIENALSUR en Cúcuta, en las que mostraba enormes caravanas de gente que atravesaban espacios vastos e imprecisos en caminatas eternas para alcanzar un destino incierto con el solo propósito de poder vivir en paz y dignamente. Contrastábamos entonces imágenes del pasado - aquellas largas filas de exiliados republicanos saliendo de la España derrotada por el franquismo, o las enormes hileras de judíos, multitudes saliendo desorientadas de los campos después de la Segunda Guerra Mundial, todos sin rumbo preciso pero con la intención firme de hallar un lugar donde vivir. Contrastábamos decía, estas imágenes con otras del presente cercano: desde aquellos grupos de sirios que salen desolados de sus ciudades bombardeadas rumbo a Europa, hasta los venezolanos que a diario cruzan por la porosa frontera que los separa de Colombia.

Esas imágenes han dejado de estar en el centro de mira (aunque seguramente no han dejado de seguir produciéndose), pero son otras las que nos hablan de las fronteras y las otredades: como esas “zonas de nadie” que presenta la noticia de los varados en el puente, en suspenso y sin solución a la vista, o las de los controles sanitarios - que atraviesan no sólo los espacios entre países, provincias, ciudades o pueblos, sino también se esparcen al interior de esos sitios, haciendo del salir a la calle un incordio solo equiparable al de los pasos fronterizos en tiempos de “normalidad”.

La producción simbólica viene ofreciéndonos hace muchísimos años narraciones distópicas que hacen que varias veces al día nos preguntemos si estamos habitando alguna de esas fantasías o si esto es real. Nos sentimos entre *1984*, *Fahrenheit 451*, *La autopista del Sur*, *Matrix* y *Brazil*, por mencionar sólo algunas de estas inquietantes imaginaciones de futuro. Pero el futuro es hoy, los algoritmos gobiernan: leemos acerca de sociedades que identifican a sus habitantes con códigos electrónicos a través de los cuales es posible no sólo determinar sus compras y preferencias sino también sus recorridos e inclusive sus condiciones físicas (fiebre, ritmo cardíaco, etc.), o cada vez que intentamos entrar en la versión electrónica de *Le Figaró*, curiosamente aparece una publicidad que cubre toda la pantalla en la que se nos ofrece una app para medir con nuestro teléfono la presión, las pulsaciones y la temperatura.

En este escenario tan complejo, lejos de emerger un diálogo global para coordinar las acciones frente a la pandemia, de despejar -al menos por un rato- las mezquinas distinciones entre centros y periferias, nortes y sures, ricos y pobres,

día a día el mundo se ha ido encerrando cada vez más. Los periódicos sólo informan cuestiones de cercanía, de urgencia, y las noticias del vecino aparecen la mayor de las veces como una (¿tácita?) amenaza. Pero la otra realidad, la preexistente de gentes sin lugar, de un capitalismo que agudiza las diferencias y hace que la pobreza asuma formas que remiten a tiempos que creíamos haber superado, no sólo persiste, sino que sin dudas estará profundizándose en las condiciones actuales.

Y en este marco, en donde las condiciones de lo vital están siendo vividas de manera tan extrema: ¿cómo plantearse la continuidad?, quienes tenemos la mirada y la acción desde la cultura, ¿cómo pensar e imaginar intervenir?, ¿cómo seguir militando por un humanismo contemporáneo en este nuevo escenario?

No es sencillo responder estas preguntas, de hecho tampoco habrá respuesta únicas, pero ensayando alguna, me atrevo a avanzar sobre algunos de los términos que nos llevaron a Aníbal Jozami y a mí a diseñar y desarrollar un proyecto que busca, desde el ámbito del arte y la cultura, hace ya cinco años, establecer otras reglas de juego, reivindicando las diversidades, el trabajar solidaria y colaborativamente en el *entre* los unos y los otros, en construir un *nosotros* posible en el encuentro *entre* los diferentes, o sea *entre todos*.

En ese camino y en la búsqueda de dar una respuesta, desde la producción simbólica, a una coyuntura específica como es la de las problemáticas migratorias contemporáneas, BIENALSUR se encuentra con Juntos Aparte y desde 2017 convergen en el interés por buscar dar una respuesta que supere los límites del pensamiento único. Juntos Aparte, un proyecto que, centrado en un sitio específico, Cúcuta en la frontera entre Colombia y Venezuela, apuesta por situarlo, en palabras de Alex Brahim: “como epicentro y abanderado de un proceso de diálogo y observatorio permanente sobre los fenómenos fronterizos, concediendo valor a la naturaleza e identidad de la ciudad y la región, situándolas de manera proactiva en la cartografía global de transacciones culturales y de saberes.”

Desde BIENALSUR reivindicamos el derecho a la cultura -uno de los derechos humanos que escasamente se enarbola- ya que creemos que justamente a partir de él es posible dar visibilidad a otros derechos: dar voz en plural, atravesar fronteras de toda índole y contribuir a superarlas, no en términos de desconocer las diferencias sino con ellas. Es por eso que BIENALSUR propone una nueva cartografía para la integración cultural, la inclusión y la diversidad, estableciendo puentes para la interacción a través del arte y la cultura.

Solemos decir que en un mundo que construye muros, BIENALSUR busca superar fronteras respetando las diferencias, con la convicción de que la dimensión cultural es clave para pensar posibles diálogos entre universos socio-políticos diversos. Anima este proyecto, también, la certeza de que un acercamiento amplio a la cultura podrá resultar -en términos de favorecer el acceso a instrumentos de pensamiento- una herramienta nueva en la vida de quienes sufren las desigualdades que se registran en las sociedades actuales. En fin, buscamos hacer de cada espacio o acción de arte un lugar para el desarrollo del pensamiento crítico. Creemos que espacios transnacionales como este, polifónicos y multipolares, que piensan entre lo local y lo global, serán los sitios en donde pueda alumbrarse un humanismo contemporáneo.

Diana Wechsler, 31 de marzo 2020



J U N T O S
A P A R T E

⇒ 2 0 2 0 ⇐



Km 4956
of BIENALSUR

TOGETHER APART 2 0 2 0 virtual channel



Diana Wechsler (AR)

Artistic-Academic Director of BIENALSUR

ARTICLE

Borders, between ourselves and others...

www.juntosaparte.com

Facebook Twitter Instagram YouTube @juntosaparte

Borders, between ourselves and others...

To speak of the border that separates us from “others”, at the end of March 2020, could place us in a very limited space: that of our own houses, at least for those of us who have the privilege of dwelling in what we generically call “house”. In these pandemic times, front doors, windows, and balconies are transformed into the physical borders of our daily lives. Screens -of TVs, cellular phones, tablets or computers- are all borders for which we have something akin to a passport; depending on our service providers, they give us access to different worlds, even if there is no physical risk in crossing these frontiers. A sharp contrast emerges between this reduction to the domestic and the alternative of a global reach, of course quite fictional, that presents a panorama of imaginaries that are possibly irreconcilable amongst the different dimensions and forms of being in the world, in the broadest sense of what this entails.

Generally speaking, this framework is not new, but the situation of social isolation in which we find ourselves unavoidably fixes us in what Paul B. Preciado defines as a 'home-based tele-republic'-bringing us to reassess the ways in which we come to think of dwelling the contemporary. With and beyond these borders that are imposed on us today, along with the commitment we assume through the possibility of thinking the present, let's test out some questions with respect to these spaces of inclusion and exclusion where the borders place us, as well as how these spaces 'between' us and others are defined.

We must keep in mind that territorial delimitations have always formed part of the ways in which individuals who are integrated into large or small-scale societies were assumed in order to generate an internal-external situation and, through this, indicate property and belonging, or its opposite. Today, as yesterday, physical and symbolic barriers are destined to mark positions, to draw crosshairs, to include and exclude simultaneously. Hence, the protection of territories and the goods and people included on them has always been the drive for the creation of all kinds of borders. An intense search for control exerted by nation-states and by the global capitalist system thus emerges, nevertheless overwhelmed by the complex realities that test any limit, highlighting the global resonance of certain events taking place in specific sites.

Such is the case of the pandemic in which we currently find ourselves immersed: initially declared the “Chinese virus”, creating a false sense of calm in the belief that it was something distant, alien, “belonging to others”. But this was not the case. Several days ago, a European journalist imagined a strongly dystopian narration within this context, according to the parameters with which, just weeks before, the transit of people across territories was being regulated. Thinking about this “infected” Europe, the journalist envisaged its populations fleeing southwards in search of more salubrious lands, along the way encountering the boundaries they had constructed in order to avoid “being invaded”, isolating the “others”: North Africans, Syrians, and a long list of undesirables.

“Argentinians Trapped on a Bridge in a No Man's Land” headlined a newspaper yesterday, March 30. The paper reported on a group of people stuck between Brazil and Argentina, stranded on the bridge of Foz do Iguazú, stuck between two closed borders, unable to enter either country and unable to leave this “no man's land”.

To reflect on migrations and borders at this moment when we must absolutely restrict movements, including those beyond our own houses, is truly a challenge. I think of those images with which just a few months ago I chose to open the conference of the 2019 Juntos Aparte-BIENALSUR in Cúcuta, those images of endless caravans of people crossing vast, indefinite spaces on eternal walks hoping to reach uncertain destinations, with the sole intention of living dignified lives in peace. We contrasted images of the past -images of long queues of exiled Republicans escaping a Spain defeated by Francoism, or the unending lines of Jews, disoriented multitudes leaving the camps after the Second World War, all without a precise destination, but with the firm intention of finding a place to live. We said we were contrasting these images with those of the present: from groups of devastated Syrians, leaving their bombed out cities directed towards Europe, to Venezuelans every day crossing the porous border that separates them from Colombia.

These images have stopped being the focus of our gaze (even though, surely, they have not ceased to produce themselves), but there are others that speak to us about borders and otherness: such as these “no man's lands” presented in the reports of those stranded on the bridge, suspended with no solution in sight, or of the sanitary controls that not only penetrate the spaces between countries, provinces, cities or towns, but are also scattered within these sites, making going out on the street a nuisance comparable only to those border crossings in times of “normality”.

Symbolic production has for many years been offering up dystopian narratives that can make us question, several times per day, whether we are living out one of those fantasies or if this is reality. We feel somewhere between 1984, Fahrenheit 451, La autopista del Sur, Matrix and Brazil, just to name a few of these disconcerting future scenarios. But the future is now, algorithms govern: we read about societies that identify their inhabitants with electronic codes through which it is possible not only to determine their purchases and preferences, but also their daily routes and physical conditions (fever, heartbeat, etc.), and every time we try to enter the electronic version of Le Figaró, oddly enough, an advertisement curiously covers the entire screen, offering us an app to measure our blood pressure, pulse, and temperature with our telephones.

In this complicated scenario, far from giving rise to a global dialogue aimed at coordinating these actions in the face of the pandemic, at clearing away -at least for a moment-, the miserable distinctions between centre and periphery, north and south, rich and poor, states have increasingly closed themselves off with each passing day. Newspapers only inform us about issues of proximity, emergency, and the news of a neighbour appears, for the most part, as a (tacit?)

threat. But the other pre-existing reality, of people without places, of a capitalism that exacerbates differences and makes poverty assume forms that take us back to times we thought we had left behind, not only persists, but is definitely intensifying in these current conditions.

And within this framework in which vital conditions are being so extremely lived: how can we imagine continuity? For those of us who move our gazes and gestures from the sphere of culture: how can we think and imagine intervention? How can we continue advocating for a contemporary humanism within this new context?

These questions are not easy to answer, in fact there are no single solutions. Yet, in an attempt to test some out, I dare to propose a few of the terms that led Anibal Jozami and myself to draft and develop a project that has aimed, for the past five years and from the context of art and culture, to establish different playing rules, vindicating diversities, solidarity and collaborative work through the in between each other, constructing a possible us in an encounter between differences, or rather, amongst all.

In this journey and in the search to give an answer, from the perspective of symbolic production, to a specific phenomenon such is that of contemporary migratory problematics, BIENALSUR met Juntos Aparte and, since 2017, the two have converged on the interest to find a response that goes beyond the limits of monolithic thinking. Juntos Aparte, a project focused on a specific site, Cúcuta, on the border of Colombia and Venezuela, has wagered on placing it, in the words of Alex Brahim: “as the epicentre and standard bearer of a process of dialogue and a permanent observatory of border phenomena, conceding value to the nature and identity of the city, of the region, placing it proactively on the global map of cultural transactions and knowledge”.

The BIENALSUR defends the right to culture -a human right that is seldom claimed- as we believe that it is precisely from here that other rights can be made visible: giving a plural voice, crossing borders of all natures and contributing to overcoming them, not in terms of ignoring differences, but rather, with them. This is why BIENALSUR proposes a new cartography for cultural integration, inclusion of diversity, and establishing bridges for interaction through art and culture.

We like to say that in a world that builds walls, BIENALSUR aims to overcome borders, respecting differences and with the conviction that the cultural dimension is key to imagining possible dialogues between different socio-political universes. This project is also encouraged by the belief that a wide approach to culture can be -in terms of favouring access to resources of knowledge- a new tool in the lives of those who suffer the inequalities present in contemporary societies. Finally, we attempt to create a space for the development of critical thinking from every artistic space or action. We believe that polyphonic and multipolar transnational spaces that think between the local and the global, such is this one, will be the sites to give light to a contemporary humanism

Diana Wechsler, 31 March 2020